

KES Y LOS PEGASOS DE BERNIA



KES Y LOS PEGASOS DE BERNIA

LIBRO DOS

IVÁN BOLAÑOS

KES Y LOS PEGASOS DE BERNIA – LIBRO DOS

Copyright © Iván Bolaños

Primera edición publicada por Ediciones SM (Perú), 2016

Editado por Tony & Vanchi

Todos los derechos reservados. Este libro, así como cualquiera de sus partes, no podrá ser reproducido en cualquiera forma sin autorización. Esta novela es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente.

ÍNDICE

KES Y LOS PEGASOS DE BERNIA.....	1
I. AMIGOS DE SIEMPRE	4
II. UN LLAMADO LEJANO	7
III. UN SINGULAR ARTEFACTO.....	13
IV. EL ESPÍRITU DE UNIR.....	18
V. COMO PEZ EN EL AGUA.....	22
VI. UNA TIERRA EXTRAÑA.....	25
VII. LA VENGANZA DE DELOR.....	32
VIII. ELÁN Y ELIS	41
IX. INSTINTO DE MADRE.....	46
X. VENCiendo EL MIEDO	55
XI. AMARGO CAUTIVERIO	66
XII. GUERREROS AEREOS.....	70
XIII. SOMBRAS DEL PASADO	75
XIV. EL PANTANO DE LA DESESPERANZA	79
XV. LA JAULA DE LA VIRTUD	83
XVI. LA VALENTÍA DE LOS EXTRANJEROS.....	89
XVII. LA MALDICIÓN DEL LOBO	93
XVIII. EL CAMINO DE REGRESO.....	98

I. AMIGOS DE SIEMPRE

—No vino a almorzar y tampoco lo he visto por aquí en toda la tarde —exclamó la madre.

—¿Qué ocurre, Ila? —preguntó Palur, que como era habitual a esa hora de la tarde descansaba en su cómoda mecedora.

—¿Nuestro hijo te avisó adónde iba?

—Esta mañana me dijo que visitaría a Vaz. Ese viejo es nuestro mejor cliente en todo el valle. Su excelente gusto en vino es innegable.

—¿Kes ha ido a Zun solo?

—Lo dejé partir con la caravana. No te preocupes, Kasif está al mando. Me prometió que no dejaría que se alejara de él.

—Ya va a oscurecer. Solo espero que hayan acampado en un lugar seguro.

—Tranquila, esposa mía, él va acompañado de Alit. Recuerda que juntos son invencibles.

Ila sonrió en silencio, recordando el espíritu alegre y aventurero de los inseparables amigos.

El vecino pueblo de Zun quedaba a dos días de marcha desde Herol. A él se llegaba por el camino de Efín, que en el tiempo en el que los aures tuvieron que defender el reino llegó a ser peligroso, pero ahora no era motivo de mayor preocupación. El bosque se había vuelto más dócil. La naturaleza había recuperado su anterior equilibrio tras la derrota definitiva de Grorn.

—Apúrate, Alit. Tu padre nos está sacando ventaja.

—Espérame. Estoy recogiendo bayas.

—No te confundas y vayas a tocar un hongo venenoso —le advirtió Kes.

—¡Eso no es posible! Conozco muy bien esos «sombreritos», succulentos a la vista, pero tan dañinos para la tripa. Tú sabes que mi madre me enseñó hace mucho a diferenciarlos de los hongos inofensivos que usa en su cocina. Por años he sido el encargado de retirarlos de nuestro jardín, incluso los que crecen a varios pasos fuera de la valla que rodea nuestra casa.

—Está bien, está bien. No dije nada.

Ya estaba oscureciendo cuando Kasif ordenó a la caravana de viticultores detenerse en un amplio claro del bosque. Las carpas no tardaron en levantarse. El fuego pronto dilataría sus pupilas y el olor a cerdo salvaje cocinándose abriría el apetito general. Se respiraba una atmósfera de paz y camaradería.

Al rato todos entonaban con alegría una canción conocida a lo largo del valle del Moaslán, desde Ukaris hasta Herol:

Las sombras han sido desterradas, la vida triunfó.

La muerte fue alejada, la paz regresó.

El reino respira alegría. Las almas cantan noche y día,

Terralán es ahora un lugar mejor.

—Alit, no comas tanto —advirtió Kasif—. No quiero que termines con una indigestión.

—Tengo el remedio para eso, papá. Traigo en mi cinturón un poco de las hierbas digestivas de mamá.

—Al final resultaste un experto en todo tipo de plantas, en especial las medicinales, y tú, Kes, ¿por qué razón visitas al viejo Vaz?

—Hace unos días me envió una carta. En ella me pide que vaya, y acompañado de Alit. Allí nos esperará un viejo amigo.

—¿Quién?

—No me lo dijo, pero apostaría a que se trata de Diruk.

—Nuestro buen amigo Diruk. Hace tiempo que no sabemos nada de él —exclamó Kasif.

—Estoy muy entusiasmado con la idea de volver a verlo. Han pasado casi dos años desde la última vez que estuvimos juntos.

—No te impacientes, pronto estaremos en Zun.

Luego de asignar a los encargados de los animales durante la noche, Kasif acompañó a los muchachos a su tienda. Una noche estrellada y calma los cobijaría hasta la mañana siguiente.

II. UN LLAMADO LEJANO

Como era habitual en Kes, el amanecer no lo sorprendió durmiendo. Antes de que se apagaran las últimas brasas del fuego que iluminó y calentó el campamento la noche anterior, ya estaba listo para reanudar el viaje.

Durante todo el día se mantuvo a la par de Kasif, que guiaba a todos con seguridad y paso firme por los caminos de Efín. Alit, un poco rezagado, había tenido oportunidad de recoger una gran variedad de hierbas. Tras un viaje sin contratiempos, finalmente los tejados de Zun estuvieron a la vista.

Junto al golpeteo en la puerta se escuchó un potente «Buenos días, ya estamos aquí».

—¡Parece que por fin han llegado! —exclamó un anciano, revitalizado por la voz que reconoció de inmediato.

Al abrir se encontró con dos muchachos de unos doce años, acompañados de un corpulento hombre de profusa barba y largos cabellos.

—¡Qué bueno es verlos nuevamente! Pasen, pasen. Deben de estar con hambre. Les voy a traer un poco de té y también unos bizcochos — agregó Vaz, tras notar la expresión poco entusiasta de los chicos ante la idea de no hincarle el diente a algo más succulento.

Poco después Kasif exclamó:

—¡Estos bizcochos están muy buenos!

—Los prepara Elyta. Es la mejor panadera de Zun. Quizás de todo el reino.

Por un momento nadie pareció tener la intención de romper el silencio. Así de sabrosos eran esos bizcochos.

—Kes, Alit, se preguntarán por qué los he mandado llamar. Seguramente ya sospechan que nuestro buen Diruk está por arribar.

—Pensé que ya estaría acá —exclamó Kes, algo impaciente.

—Debió llegar anoche. Pero no te preocupes, la paloma mensajera me avisó esta mañana que está muy cerca —lo animó Vaz.

—Debe tratarse de algo particularmente importante, para haber viajado hasta aquí. Sé que Diruk vive ahora en la otra orilla del Acuantalis —intervino Kasif.

—Así es, amigo. El rey Balkurian le encargó hace poco más de un año que fundara un pueblo más en esa parte del reino.

—La antigua senda de los unicornios —exclamó Kes.

Un completo silencio se adueñó de la habitación. Todos miraron el centro de la mesa con gesto de preocupación: solo quedaba un bizcocho.

—¡Mío! —dijo Alit, desapareciéndolo dentro de su boca con una velocidad que pareció mágica.

Todos echaron a reír por su entusiasmo cuando de comer se trataba. Las risas fueron interrumpidas por un nuevo golpeteo a la puerta.

—¡Ya está aquí! —exclamó Kes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Vaz—. ¿Aún te quedan poderes de aure?

—No, es la sensación que se tiene cuando alguien muy querido está cerca.

—¿Van a abrirme o qué? —reclamó la persona al otro lado de la puerta.

—¡Es Diruk! —exclamó el anciano muy contento.

El antiguo aure, rejuvenecido durante su aventura de hacía dos años, aparentaba una edad mucho menor que la de su gran amigo Vaz.

—¡Qué bueno verlos, queridos amigos! —saludó Diruk juntando ambas manos.

Kes se levantó de un salto y corrió para abrazarlo.

—¿Cómo estás? Hace tanto que no nos veíamos.

—El gran valiente que nos salvó a todos de las sombras. Alit, tú no te quedas atrás. Gracias a ti todos en Herol tuvieron la oportunidad de defenderse.

Kes se mantuvo en silencio. Una gran felicidad lo había estremecido. Sus ojos parecían estar a punto de traicionar su fortaleza exterior.

Luego de ofrecerle una taza de té al recién llegado, Vaz se aseguró de que las ventanas estuvieran bien cerradas. No quería que oídos inoportunos escucharan lo que su viejo amigo estaba por revelar.

—Lo que voy a contarles no debe salir de esta habitación —dijo Diruk.

—No diremos nada a nadie —prometió Kasif, tras apoyar su mano sobre el hombro de su hijo.

—He recibido un llamado de ayuda muy lejano.

—¿Lejano, dices? —preguntó Vaz, que tampoco conocía mucho de la situación.

—De más allá del mar. Más lejos que el horizonte mismo. De un sitio al que solo se puede llegar a través de una puerta mágica.

Todos se quedaron sorprendidos. La magia ya casi no existía en Terralán. Solo los espíritus de los unicornios reflejados en las aguas del Acuantalis permanecían como el poder que alguna vez habitó en el reino.

—¿Quién ha llamado? —preguntó Kasif, tan intrigado como los demás.

—Hace menos de dos lunas, cuando me encontraba recorriendo la orilla norte del lago, el espíritu de Unir me habló.

—¡El Señor de los unicornios! —exclamó Kes con alegría.

—Ya imaginarán mi sorpresa cuando fui contactado por él. La conciencia del ser más puro que alguna vez habitara Terralán todavía es muy poderosa.

—¿Cómo es posible? —preguntó Vaz—. Todos sabemos que solo es su reflejo lo que permanece sobre las aguas.

—Yo tampoco lo creí al comienzo. Pensé que tal vez estaba soñando y despertaría en cualquier momento. Pero efectivamente se trataba de Unir.

—¿Qué te dijo? —preguntó Kes.

—Dos habitantes de esta tierra tienen que viajar a Bernia.

—¿Dónde queda ese lugar? ¿Y quiénes tienen que ir?

—Yo tampoco conocía de su existencia, hasta mi encuentro con Unir. Ahora sé que es un reino inalcanzable para cualquiera de nosotros. Allí habitan los pegasos.

—¿Qué es un pegaso? —preguntó Alit, con la boca llena de comida. Sin que nadie lo notara se había escurrido a la cocina y regresaba con un plato de bizcochos.

—Hijo, no hables mientras estás masticando —lo reprendió Kasif, para luego quitarle el preciado tesoro de las manos.

—Los pegastos son primos cercanos de los unicornios. No tienen un cuerno, pero en vez de ello poseen dos poderosas alas que les permiten volar majestuosamente.

—O sea, son caballos con alas —concluyó Alit.

—Alit, si Unir te escuchara tendría una o dos cosas que decirte —le recriminó Diruk—. Los caballos son hermosas y nobles criaturas, muy queridas por todos en Terralán, pero no debes olvidar que no tienen un origen sobrenatural.

—Bueno pues, entonces son unicornios sin cuernos, pero con alas. Criaturas voladoras carentes de cuernos.

Una vez más todos echaron a reír por la peculiar y divertida elocuencia de Alit.

—Escuchen atentamente. Fue Elán, el más poderoso de los pegastos, quien se comunicó con Unir y le transmitió el llamado de ayuda. Algo malo está por ocurrir en Bernia, y para contrarrestarlo necesitan el poder del rubí de la alianza.

En ese momento Diruk puso un pequeño bulto sobre la mesa. Algo envuelto en una gruesa tela empezó a emitir una apacible luz. Cuando el antiguo aure lo descubrió todos se quedaron maravillados con la belleza de la gema más preciosa que alguna vez brillara en Terralán.

—¿Cómo así resplandece tanto? ¿Todavía conserva algún poder? — preguntó Vaz.

—Así es, querido amigo. Luego de nuestra victoria sobre Grorn, el rey Balkurian me encargó guardarlo en un lugar seguro. Hace poco, para mi total sorpresa, la gema había vuelto a la vida.

—Estos pegasos que mencionas, requieren entonces de nuestra ayuda. Necesitan el rubí —afirmó Vaz—. Dijiste que dos tendrán que viajar a ese lugar. No estoy seguro, pero creo saber de quiénes se trata.

Diruk y Vaz entrecruzaron un gesto mirando a Alit y Kes, quienes se habían apoderado nuevamente del plato de bizcochos.

—Antes, cuando tuve los poderes de un aure, creo que hubiera entendido por qué se fijarían en mí. Pero, Diruk, ahora soy un niño común y corriente. ¿Por qué querrían los pegasos que sea yo quien los ayude? — exclamó Kes.

—Elán fue muy específico cuando le pidió a Unir que fueran tú y Alit los que lleven el rubí hasta Bernia. Tu valor y sacrificio son cualidades que te han hecho ver ante los pegasos como el indicado para ayudarlos en este difícil momento.

—¿Cuál es ese peligro tan grande? ¿Y cómo se supone que llegaremos a Bernia?

—Vaz, ¿tienes listo tu último invento?

—Sí, lo estuve revisando justo ayer.